

A woman's eye is visible through a jagged, cracked glass pane. The background is blurred, showing what appears to be a family scene. The text is overlaid on the image.

# Una famiglia felice

*Fabrizio  
Silei*



GRAN  
ANGULAR

# Una familia feliz

FABRIZIO SILEI

Traducción de Vanessa García Gutiérrez





**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en [www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)

## LITERATURASM•COM

Primera edición: abril de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Inés de la Iglesia  
Coordinación gráfica: Lara Peces  
Cubierta: Julián Muñoz

Título original: *Nemmeno con un fiore*  
Texto: Fabrizio Silei  
Traducción del italiano: Vanessa García Gutiérrez

© Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, 2015  
[www.giunti.it](http://www.giunti.it)

© Ediciones SM, 2020  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-1318-384-8  
Depósito legal: M-371-2020  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Maria Chiara Bettazzi,  
que ha querido esta historia  
con toda su alma,  
y a Cecilia Fabbri, Enrico Parsi,  
Sarolta Szulyovszky, Elena Carloni  
y mi mujer Francesca,  
que me han ayudado  
a mejorarla con sus consejos  
y su tan preciada lectura.*



Para la Janucá, mi madre me regaló este cuadernito con un lapicero. En realidad es una agenda de 1938, pero me dijo que no me fijara en el día de la semana, que escribiera en la fecha que tocara y así podía ser mi diario. «Puedes escribir las cosas bonitas y feas que te pasen. Espero que sean solo bonitas, solo bonitas, mi amor..., que feas ya has vivido suficientes», me dijo. Me abrazó y estoy segura de que lo hizo pensando en las injusticias del maestro que debo soportar en el colegio y en papá, que no está y cuya ausencia se nota mucho más aún en las fiestas. Y pensé que sí, que lo iba a utilizar, y me metí el cuaderno en el bolsillo del abrigo.

*Budapest, 25 de diciembre de 1940*



Observo la lluvia que cae fuera y salpica los cristales de la sala de espera del andén ocho. Llevo un abrigo gordo que me da mucho calor. La lluvia cae oblicua por el hueco de las vías. Empapa implacable las piedras oscuras y las vías brillantes, y oscurece más de la mitad de la acera. Me da la sensación de estar en un cómic. Hace algunos años habría esperado ver a Batman avanzando bajo la lluvia por el andén, envuelto en su capa negra. Hoy ya no, hoy sé que los superhéroes existen pero no son así.

Mara está sentada a mi lado, apoyada en el cristal, y se mueve intentando encontrar una postura cómoda que le permita seguir durmiendo un rato más. Enfrente de nosotros, un chico indio duerme atravesado sobre las sillas de plástico. Lleva dos bolsas de nailon repletas de gorras de béisbol. Ronca suavemente siguiendo un mecanismo perfecto: se le escapa de la boca un hilo de saliva que sube y baja al ritmo de su respiración cual yoyó, sin llegar nunca a caer.

–No os mováis de aquí –nos dice mi madre.

Observo cómo se aleja por el andén levantándose el cuello de la chaqueta, demasiado ligera para protegerse del viento gélido que se ha levantado inesperadamente esta mañana. Se aposta frente a la máquina dispensadora para comprar una botella de agua para el viaje.

No me parece real. Aún hoy, después de todo lo que ha sucedido, pienso que no lo va a saber hacer y que va a necesitar a papá: le faltarán monedas, no apretará el botón correcto o se escurrirá al caminar y se torcerá un tobillo. Es un pensamiento automático, casi inmediato. Me avergüenzo y vuelvo a mirarla; observo cómo se inclina y coge la botella.

Camina hacia nosotros al otro lado del cristal empañado y me sonrío triunfante, mostrándome la botella como un trofeo. No reconozco su expresión, algo en su sonrisa ha cambiado para siempre.



«¿Acaso es... que ahora es más feliz que antes?», me descubro preguntándome.

«Somos una familia feliz».

En aquel entonces, antes de que sucediese todo lo que estoy a punto de contar, mi madre lo repetía constantemente: «Somos una familia feliz», y no perdía ocasión de decirlo. Era su frase. Sonreía estirando los labios y, así, de repente, afirmaba que éramos una familia feliz. En la carnicería, esperando en la peluquería, cuando venían de visita nuestros tíos de Milán, cuando se reunía con nuestros profesores. No había situación en la que no encontrara la manera de colar esa frase. De todas las madres que conocía, de todas las personas de mi entorno, mi madre era la única que decía esa frase. De pequeño pensaba que, evidentemente, los demás, pobrecitos, no debían de ser tan felices como mamá y como nosotros, puesto que nunca hablaban de lo felices que eran.

—¿Has aprobado, jovencito? —me preguntaba el padre de Silvia mientras metía en la bolsa una barra de pan y nos la entregaba por encima del mostrador.

—¡Sí! —respondía yo, contento—. ¡Todo con ochos y nueves! Me van a regalar un álbum con mis superhéroes favoritos.

A lo que mi madre añadía inmediatamente:

—Sí, sí. Nicola es muy aplicado y la verdad es que somos muy felices.

Mi madre nunca estaba contenta, entusiasmada o satisfecha. Ella siempre estaba feliz y sonreía continuamente a la gente.

Nací cuando mi hermana Mara tenía cuatro años. Mi madre siempre cuenta que nuestra felicidad creció aún más, mucho más.

Papá estaba encantado de tener por fin un hijo varón, y celebraron mi bautizo con un gran festín en un restaurante al que invitaron a amigos y a nuestros parientes más cercanos.

Hoy, de aquella fiesta no queda más que una foto en color que hizo mi tío Gustav a la entrada del restaurante. Está encerrada en un marco horrible de plata que con los años ha pasado a ser casi negro.

Cuando era pequeño la observaba mucho, y ahora, de vez en cuando, también lo hago. Pero rápidamente vuelvo la vista, porque me conozco hasta los más nimios detalles y ya no tengo ganas de verla.

Solo tengo que pensar en ella y se reconstruye en mi mente.

La veo. Estamos todos; yo también, en brazos de mi padre. Todos sonriendo dentro del encuadre de la cámara, esperando a que el tío Gustav sacase la última foto de aquel día de fiesta. Mi mente recorre lentamente la imagen.

Al fondo, a nuestra espalda, está el aparcamiento del restaurante, con algunos coches que apenas se entrevén y que algún día serán de época. Entre los escalones de cemento y el asfalto crecen, obstinadas, briznas de hierba. Mi mente se detiene en el cielo, un cielo triste de mayo cargado de nubes grises y melancólicas.

Luego enfoco y se revelan todas nuestras siluetas. Recorro con la mirada cada uno de esos rostros y los visualizo en mi mente. Visualizo el rostro seguro y sonriente de la tía Loredana; el rostro distraído y aburrido de un dependiente de papá, que mira hacia otro lado, y así, uno tras otro. Tengo grabados a fuego en mi memoria todos esos rostros, más o menos anónimos, pero vivos y sonrientes.

Y continúo, metódico. Mi primo de ocho años, con los ojos cerrados y una sonrisa de tonto; su abuela, gorda y achaparrada, que murió el año pasado...

Paso uno a uno por todos hasta que llego al rostro serio y solemne de mi padre, en el centro de la foto. Tapa casi completamente a mi madre, que está con mi hermana Mara y conmigo, recién nacido, en brazos.

Mi madre no es más que una sombra a su espalda, la mujer invisible, un apéndice de rostro pálido y bello. Se cubre con un fular anudado al cuello y lleva sus habituales gafas de sol enormes, que le dan ese aire de auténtica diva de Hollywood. Sonríe con los labios tirantes, como cuando dice que somos una familia feliz. Seguro que en ese momento lo está pensando, lo piensa con todo su ser y se esfuerza por creérselo. También Mara, a sus cuatro años, sonríe con expresión radiante y sincera.

Yo, en cambio, estoy dormido y mi cara apenas es un bulto rosa irreconocible en la pequeña foto de grupo.

Sí, tengo que admitirlo y que repetirlo antes de decir cualquier otra cosa: la nuestra era, sin duda, una familia feliz.



Esta mañana, cuando he salido con mamá a hacer la compra, la señora Agnes y el señor Balázs estaban hablando en la portería. Esta noche, los señores de negro se han llevado al joven Bözsi, el poeta que vive en el edificio de enfrente.

–La gente del barrio sigue desapareciendo. Se los llevan y no regresan nunca. Estos canallas no nos dejan vivir. ¡Malditos sean! –ha murmurado entre dientes la señora Agnes.

El señor Balázs me ha acariciado la cabeza y me ha mirado con tristeza.

–Tenga cuidado, señora –le ha dicho a mamá–. Todos estamos en peligro con estos delincuentes por ahí sueltos.

*Budapest, 3 de enero de 1941*

